

INSTRUCCIÓN FAMILIAR.

PLAN.

PRIMERA REFLEXIÓN.—María predestinada por Dios Padre.

SEGUNDA REFLEXIÓN.—María predestinada por Dios Hijo.

TERCERA REFLEXIÓN.—María predestinada por el Espíritu Santo.

Prædestinavit Deus ante sæcula in gloriam nostram.

Dios la predestinó antes de los siglos para nuestra gloria.

(I COR., II, 7.)

EL Apóstol San Pablo llama á Jesucristo Hijo de Dios, que ha nacido, según la carne, de la sangre y descendencia de David; que ha sido predestinado Hijo de Dios en un soberano poder, según el espíritu de santidad. (ROM., I.)

Dios, por decreto eterno, quiso que el Verbo Divino se uniese hipostáticamente á la naturaleza humana en la persona de Jesucristo. Jesucristo, pues, es verdadero Hijo de Dios, y considerándolo bajo el punto de vista de su Santísima Humanidad, es, como el grande Apóstol le llama, Predestinado. Y predestinado fué, en efecto, para ser cabeza de todos los elegidos.

A este propósito dice San Agustín: «Cualquiera que confiesa con San Pablo que Jesucristo es predestinado, reconoce por el mismo hecho que Jesucristo es Hijo del hombre, Hijo de María, por la descendencia de Abraham y de David, á quienes fué hecha la promesa del Mesías.

Establecido este principio, añadimos nosotros que la predestinación de Jesucristo envuelve de tal modo la predestinación de María, que es imposible concebir una sin otra. Jesús y María están inseparablemente unidos en el decreto eterno de la predestinación que tiene por objeto al Salvador del mundo. Porque así como Jesús no se halla en el plan inmutable y eterno de Dios sinó como Hijo del hombre, tampoco se encuentra sinó como Hijo de la Virgen, como Hijo de María. Preciso es, pues, concluir á gloria de María, que fué predestinada á la divina maternidad y á los privilegios inseparables de esta sublime prerrogativa, por el mismo decreto que predestinó á Jesús Dios y Hombre á ser el primero y cabeza de todos los elegidos.

La predestinación de María será anunciada, y Dios mismo la pu-

blicará desde el principio del mundo de la manera más solemne. El hombre acababa de separarse de Dios por el pecado después que el demonio hubo obtenido sobre él una horrible victoria. Ya la maldición divina gravitaba con todo su rigor sobre la raza infortunada de Adam; pero Dios se acordó de su misericordia. Entonces se vieron ya justificadas estas admirables frases del Profeta: *Cuando seáis provocado á ira, os acordaréis de vuestra misericordia.* (HABAC., III.) En medio de las amarguísimas lágrimas que vierten nuestros desdichados padres; en medio de los sollozos y gemidos que destrozan su corazón, son visitados por la bondad divina y fortalecidos en la esperanza. Oigamos la palabra magnífica y profundamente sublime que sale de boca del Señor: *Pondré enemistades entre tí y la mujer, entre su posteridad y la tuya; la mujer quebrantaré tu cabeza.* (GÉN., III.)

Existen entre Dios y María relaciones estrechas, de las cuales no podemos nunca hablar dignamente, por lo mismo que no somos capaces de apreciarlas bien. Estas relaciones deben considerarse en la unión que la maternidad divina ha establecido entre la Madre de Dios y cada una de las tres Personas de la Santísima Trinidad; unión indisoluble que ni el poder mismo del infierno puede quebrantar.

AVE MARÍA.

PRIMERA REFLEXIÓN.

MARÍA PREDESTINADA POR DIOS PADRE.

Los Santos nombran á María con el dictado de Hija de Dios Padre. Indudablemente Dios por su naturaleza no tiene más que un Hijo, consustancial con él, y Dios como él; pero se complace en tener hijos adoptivos, á quienes comunica la bienaventuranza de que él goza. Ahora bien, entre los hijos adoptivos de Dios, es cosa cierta que María ocupa el primer lugar; y es cierto además que María lleva el título de Hija de Dios de una manera incomparablemente más exacta que le llevamos nosotros.

¿Qué ha hecho Dios, pues, predestinando á María á la divina maternidad? Ha hecho una elección entre todas las hijas de Eva; elección única, que no se renovará jamás, ni tendrá igual en ninguna otra criatura, por muchos y grandes que sean por otra parte los favores que la divina misericordia pueda dispensarla. En virtud de esta elección, d n gratuito, gracia la más sublime de todas las gracias, comunica Dios á María dos privilegios, cuya excelencia es incomparable: el primero es el de asociarla á su divina paternidad. Dios es Padre de una manera incomprensible: por sí solo engendra eternamente á su Hijo único. Contemplando este misterio exclamaba el profeta Isaías en un sublime éxtasis: «¿Quién referirá su generación?» (ISAI., LIII.)

Según ésto, Dios, para hacer de María la Madre de su Hijo, la concede el privilegio de ser madre en cierto modo como él es padre. Siendo Virgen, concebirá y dará á luz al Hijo, sin menoscabo de su entereza. María será madre á la manera que Dios es padre; de forma que si Jesucristo, como Dios, tiene padre sin madre, también como hombre, tiene madre sin padre. Ahora pregunto yo, si Dios ha comunicado á otra criatura este privilegio exclusivamente suyo.

Pero avancemos más. El Verbo divino se reviste de nuestra naturaleza, haciéndose hombre en el seno de María. Desde entónces su cuerpo pertenece á María, su carne es una porción de la carne de María, siendo esta una de las razones por que María es verdadera Madre de Dios. Pero como Jesucristo es Dios y Hombre juntamente, mientras Dios le llama Hijo, María le da el mismo nombre, y con igual verdad. Hay más aún. La carne que el Hijo de Dios ha tomado en el seno de María, le ha sido suministrada por la misma: por consiguiente, al dar el Padre Eterno el nombre de Hijo á aquel que es Dios y hombre á la vez, no se le da refiriéndose á la Humanidad del Salvador, sinó á causa de la carne de que María le ha revestido. En consecuencia de ésto, dígame ¿qué viene á ser María cuya sustancia se identifica con la de su Hijo? ¿qué es María con relación á Dios Padre?

No por otro motivo el cardenal Pedro Damiano cree poder decir, que Dios está unido á María por identidad; concepto que San Bernardo explica diciendo, que Dios se ha unido á la carne de la bienaventurada Virgen, formando de su propia sustancia, esto es, de la de Dios Hijo, y de la sustancia de María por la carne del Salvador, un solo Jesucristo, el cual, tomando una de las dos naturalezas del Padre, y la otra de la Madre, no deja por eso de pertenecer enteramente á su Padre y enteramente á su Madre.

San Basilio, hablando de esta íntima unión, no halla dificultad en decir, que la carne de María ha sido hallada digna de estar unida á la divinidad del Unigénito de Dios. ¡Oh profundísimo misterio! ¡Oh abismo de maravillas! La carne de la Madre es la misma que la del Hijo; la carne del Hijo está unida á la Divinidad; y la Divinidad del Hijo no es otra que la Divinidad del Padre. ¿Qué palabra hallaremos, pues, para explicar la relación que media entre la Virgen Madre y el Padre Eterno? Santo Tomás y otros muchos Doctores llaman á esta relación afinidad. Puedo, en consecuencia, aplicar á María el dicho del Eclesiástico: «Soy la primogénita de Dios salida de él antes de toda criatura.» Sí; María es, en efecto, la primera entre los hijos de Dios; es por excelencia la hija de Dios, en razón á que no puede dar el nombre de hijo al Verbo encarnado, sin conceder á la Madre de él la sublime prerogativa de ser su hija de predilección, colocada sobre todos los hijos de Dios. ¿Será necesario ahora que nos esforcemos en representar los variados dones, y las gracias sublimes con que el Padre Eterno ha debido enriquecer á María, ó preferiremos investigar algo del amor de que María es objeto de parte de Dios? Pero cada

punto de éstos constituye un Océano sin límites, un abismo sin fondo. ¿Quién es capaz de medir la extensión del uno, y la profundidad del otro? ¡Dios mío! Nosotros nos complacemos en confesar nuestra impotencia. Bástanos saber que podemos alabar siempre, y siempre admirar á María, añadiendo nuevas alabanzas y nueva admiración, sin llegar nunca á decir ni entender cosa que traspase los límites de la realidad.

Pero ¿no hay enseñanza alguna en ese decreto por el que Dios predestina á María á ser su primogénita é hija de predilección? ¿No estamos nosotros por ventura comprendidos en ese acto del soberano poder y del amor infinito? ¡Oh! Sin duda que sí. En todo eso hay una verdad consoladora para nosotros. Es absolutamente cierto que la encarnación del Verbo tuvo por fin dar á Dios Padre gran número de hijos de adopción. San Juan, hablando de Jesucristo, dice: «A todos los que le recibieron dióles el poder de llegar á ser hijos de Dios.» (Joan. I.) Esta adopción celestial se verifica por medio de una operación divina, atribuida al Espíritu Santo que se comunica á las almas con sus preciosos dones. Hé aquí la razón que tenía San Pablo para escribir á los primeros discípulos del Salvador lo siguiente: «No habéis recibido el espíritu de servidumbre para obrar todavía con temor, sinó que habéis recibido el espíritu de adopción de hijos de Dios, en virtud del cual clamamos: ¡Padre! en razón á que ese mismo espíritu está dando testimonio de que somos hijos de Dios.» (Rom., VIII.) El hombre, pues, está destinado á ser hijo de Dios por adopción; destino que llena realmente por el Bautismo. Y así como los hijos son de la misma naturaleza que su padre, así también nosotros, después de recibir este Sacramento, *participamos de la naturaleza divina*, como San Pedro asegura (Petr., II.). Por otra parte, como los hijos heredan los bienes del padre por derecho de sucesión, nosotros somos *herederos de Dios*, como dice San Pablo. (Rom. VIII.)

Mas este decreto de misericordia y de amor, se nos replicará, no se ha expedido sinó en beneficio de los predestinados; luego en la duda que abrigamos acerca de cuanto concierne á nuestra predestinación, nos es imposible entregarnos á la confianza, ó cuando menos á una confianza sin límites.

¡Insensatos! ¡Cómo podéis no ver una estratagema del demonio en esa desconfianza tan injuriosa para Dios? ¿Pues qué, no nos asegura el Espíritu Santo que *Dios quiere que todos los hombres se salven*? (I. Tim., II.) ¿Y osaremos pensar que Dios no quiere nuestra salvación? Dios nos ha predestinado libremente, por pura misericordia, á la gracia, que es como el germen de la gloria. Ha querido, por un efecto de su infinita bondad, predestinarnos á la fe, y al conocimiento de la verdad, justificándonos por el Bautismo, y abriéndonos los tesoros de su misericordia cada día, y siempre que le ofendemos por el pecado. Dios, en una palabra, nos ha hecho hijos de adopción; y en esta cualidad nos concede á cada instante nuevas gracias, y particularmente la de poder acercarnos á la sagrada mesa, para alimentar-

nos con la carne y sangre de Nuestro Señor Jesucristo. Estas son verdades incontestables que ningún cristiano se atreverá á negar. ¿Dónde está, pues, el motivo de nuestra desconfianza? Si miramos á nuestra flaqueza, á nuestra resistencia voluntaria á la gracia, todo debemos temerlo, es verdad; pero si miramos á nuestro Padre Celestial, todo debemos esperarlo. Nuestra perdición eterna sólo de nosotros, absolutamente de nosotros solos, puede venir.

Ahora conozco más que nunca que el demonio es quien turba vuestra alma, para detener los ímpetus de vuestro corazón, que debe sentirse atraído por el Dios de bondad, el cual, no contento con haberos predestinado á la cualidad de hijos adoptivos, os da diariamente y á cada momento nuevas prendas de su cariño paternal. En su casa vivís y con él podéis conversar familiarmente; hijos os llama suyos y á su mesa os sentáis; todos sus tesoros, todos sus bienes están á vuestra disposición; y en vez de arrojaros en sus brazos con amorosa confianza, en lugar de amarle con tiernísimo y afectuoso amor, como se ama á un Padre excelente, ¿os paráis cobardes delante de una duda que no debiera haberos ocurrido nunca, si el enemigo de vuestra salvación no la hubiera hecho nacer en vuestro ánimo para helar el corazón é impedirle que agradezca y ame á Dios? ¡Oh locura! ¡Oh ingratitude! ¡Oh culpable desconfianza de la bondad divina!

Nó, Padre amantísimo; no queremos temer nada de Vos. Si alguna vez se presenta este sentimiento de cobardía en nuestra alma, seguiremos el consejo de San Agustín cuando nos dice: «Si tienes miedo de Dios, arrójate en sus brazos.»

María, Madre de la santa Esperanza, á vuestros pies nos postramos con la seguridad de que invocándoos, toda nuestra desconfianza se disipará.

SEGUNDA REFLEXION.

MARÍA PREDESTINADA POR DIOS HIJO.

Si Dios Padre resolvió desde la eternidad salvar al género humano por medio de la encarnación de su Hijo, Dios Hijo respondió desde la eternidad al Padre diciendo: «*Tú me apropiaste un cuerpo... Héme aquí que vengo, oh Padre, para hacer tu voluntad.*» (Heb. x.) Síguese de aquí, que el Hijo Eterno del Altísimo eligió desde la eternidad una Madre para sí, predestinando una hija de Eva al honor de la divina maternidad. ¡Oh, qué amor ha tenido eternamente á María Aquel que en el tiempo debía llamarla Madre!

El Evangelista consignó una gran palabra cuando escribió: *María de quien nació Jesús* (Matt., 1.) Esa es la palabra, exclama San Bernardo, que asombra á los ángeles y á los hombres, y que significa el

manantial y la medida de todas las perfecciones que se reúnen en la Reina de las Vírgenes. Santo Tomás hace á propósito de esto mismo una notable observación, y es, que los escritores sagrados, perfectamente instruidos de las prerogativas eminentes de María, por la cualidad de secretarios, digámoslo así, de Jesucristo, no dan á la Santísima Virgen otro título que el de Madre de Jesús. ¿Por qué esto? Porque después de haber agotado todos los elogios que pueden hacerse de María Santísima, después de haber enumerado todos sus títulos, todas sus prerogativas, habrían tenido que pararse al llegar á esta expresión profunda: *Madre de Jesús*, confesando que no hay nadie capaz de sondear este abismo de gloria y de grandeza.

Para comprender la altura de la gracia que Dios Hijo concedió á María al predestinarla á la divina maternidad, sería preciso comprender antes quién es el mismo Jesucristo; se necesitaría levantar el vuelo, como el Aguila de los Evangelistas, y lanzarse en las profundidades de Dios, contemplar su gloria, sumergirse en los eternos resplandores del Sol de justicia, hasta poder decir lo que el Verbo divino es por naturaleza; cómo es sabiduría de Dios, imagen de la sustancia de Dios, esplendor de su gloria, Hijo Eterno, en fin del Altísimo. Así, pues, como es imposible á la inteligencia humana abarcar todo lo que hay de grande y santo en la Persona del Hijo de Dios hecho Hombre, así también el lenguaje de los hombres es del todo impotente para enumerar las maravillas que encierra la predestinación de una hija de Adán á la dignidad de Madre de Dios, porque, en resumen, María es dignísima Madre de Jesús, como Jesús es adorable Hijo de María.

Ahora bien: ¿quién referirá los tesoros de gracia y de santidad de todo género que Dios Hijo ha debido derramar sobre María al elegirla para Madre? San Pablo dice: «*Dios que nos ha dado su propio Hijo, ¿qué podrá negarnos?*» (Rom. viii.) Este raciocinio aplicado á nuestro tema, sería por sí solo suficiente para hacernos descubrir toda la extensión de los sublimes dones otorgados á María en el instante de su concepción.

Manda Dios al hombre que honre á su padre y á su madre. Y cuando el Hijo es Dios como Jesucristo, ¿qué hará? Honrar también á su Madre. Ahora bien: el honor tributado á una madre es un título de gloria para el hijo. A más de esto, un hijo honra á su madre más ó menos según las cualidades de su inteligencia y de su corazón. Siendo esto incontestablemente positivo, me pregunto yo á mí mismo: ¿cómo debió Jesucristo honrar á su Madre? Sin duda la honró de una manera digna de él, es decir, digna de Dios. Con esto he dicho bastante. Me declaro impotente para expresar todo lo que comprendo y todo lo que admiro. María en su cualidad de Madre, será honrada por su Hijo, que siendo Dios, tiene en consecuencia que honrarla de un modo digno de Dios. ¿Pasaré más adelante? Nó: porque aunque yo me atreviera á exponer mi pensamiento, de seguro no sería comprendido.... Mas ¿por qué, Madre mía, no lo he de comunicar á algunas al-

mas escogidas? Sí, os lo aseguro, A. H. M., todo lo que los Padres de la Iglesia, los Doctores y los Santos han escrito de más elocuente y más hermoso acerca de María, me parece frío, pálido, imperfecto, cuando me pongo á meditar esta palabra: *María Madre de Jesús*.

No lo he dicho aún todo. Una madre que no viera en su hijo nada que pareciese proceder de ella, le amaría ménos. Debe haber, pues, entre el hijo y la madre una semejanza natural. Según esto, la ley de la naturaleza ha tenido que observarse de la manera más perfecta cuando Dios ha tomado Madre. De aquí me creo con derecho á deducir, para gloria de María, que ha sido criada según el modelo divino, que es Jesús, y que el Hijo de Dios, predestinando á María para madre suya, ha debido, por esta misma razón, concederla todo lo que era necesario para que se pudiera decir eternamente de ella: *la digna Madre de un tal Hijo.*» (Matth. II.) ¡Alma mía, calla, admira y contempla, sumergiéndote en este océano inmenso de gloria y de santidad!

Pero, ¡oh misterio de la gracia! El Hijo de Dios nos ha predestinado también á nosotros á ser hermanos suyos. Tan cierto es ésto, que no cabe en ello la menor duda. Si alguno la abriga, lea las palabras de San Pablo: «*El primogénito entre muchos hermanos.*» (ROM. VIII.); palabras que llevan la convicción á todo entendimiento cristiano. ¿Se pronunció jamás frase mas consoladora para nosotros? ¡Oh suavidad inefable del lenguaje de Jesús, cuando se dirige al alma fiel!

Está, pues, cada uno de nosotros, llamado por un decreto de predestinación que precede á nuestro respectivo nacimiento, á ser *hermano de Dios-Hombre*. (JOAN., XX.) Y como los hermanos tienen una misma madre, María lo es nuestra, así como nosotros somos sus hijos por adopción. Así lo quiso Jesucristo cuando explicó su voluntad de un modo sobrado explícito para que no pudiera dejar alguna duda, diciendo: *Hé aquí á tu Madre. Hé aquí á tu Hijo.* (JOAN. XIX.)

Tal es, H. M., nuestra dignidad. Pero no olvidéis que de esta dignidad nacen también nuestras obligaciones que consisten en vivir como vivió nuestro Hermano mayor Jesucristo, y en hacernos dignos de ser llamados hijos de María, por la semejanza que debe existir entre nosotros y nuestra Madre. Meditemos estas verdades durante los días consagrados á la Virgen. Si al terminar este santo Mes, no nos parecemos aún en nada á nuestra Madre, y á nuestro divino Hermano, la devoción que creemos tenerles es ilusoria; habremos perdido el tiempo lastimosamente.

TERCERA REFLEXIÓN.

MARÍA PREDESTINADA POR EL ESPÍRITU SANTO.

Si la obra de la santificación de las almas debe atribuirse al Espíritu Santo, como es cierto, según la doctrina de la Iglesia, no podemos dudar de que el Espíritu Santo se encargaría especialmente de

preparar el alma y el cuerpo de María, para hacer de ella un tabernáculo digno de la divinidad. Según esto, el Espíritu Santo predestinó desde la eternidad á María para hacerla vaso de elección que exhale el divino aroma, esparciéndolo por el mundo entero.

Todos los Padres de la Iglesia dan á María el título de Esposa del Espíritu Santo. Este lenguaje se halla apoyado en las palabras mismas del Evangelio concernientes á la Encarnación del Verbo: «*Lo que de tí nacerá, dijo á la Santísima Virgen el Arcángel San Gabriel, ser í Santo, y se llamará Hijo de Dios.*» No podía ser de otro modo. La obra mayor del poder y de la sabiduría del Altísimo, es Jesucristo; y esta misma obra lo es del amor infinito; luego el Espíritu Santo es el autor directo de esa admirable creación del cuerpo y alma de un Dios, del cuerpo y alma unidos á la persona del Verbo, Hijo de Dios.

Cuando María oye que ha de ser madre, retrocede refugiándose en cierto modo á la gloria de su virginidad; mas el embajador del Cielo la tranquiliza diciéndola: «*El Espíritu Santo descenderá á ti, y la virtud del Altísimo te rodeará con su sombra.*» (LUC. I.) Esto es, según se expresa un autor piadoso: El Espíritu Santo será para ti como la blanda nube que, resolviéndose en agua, se infiltra insensiblemente en las venas de la tierra, y la hace fecunda, sin alterarla en lo más mínimo. Hé aquí, pues, al Espíritu Santo que se hace fecundo en María, por medio de María; María es, pues, quien da á luz la obra maestra más perfecta, que es Jesucristo.

¡Misterio inefable! ¿Quién es capaz de decir las grandezas y la santidad de María, considerada bajo el concepto de Esposa del Espíritu Santo? Existiendo en el seno de Dios, desde la eternidad, el decreto de predestinación en favor de María, hay que reconocer necesariamente que el Espíritu Santo en el primer momento de la creación de María, abrió sus tesoros en favor de aquella á quien los siglos todos habían de llamar Esposa suya. María debió ser hermosa con la hermosura de Dios, aun antes de ser elevada al honor de que se trata; debió ser rica de una manera conveniente á la alianza que iba á contraer. No por otra razón nos dice San Bernardo, que la Santísima Virgen fué hecha, anunciada y preparada por el Espíritu Santo. ¿Quién podrá, pues, concebir todo lo que pasó en el alma de María; todo lo que el Espíritu Santo hizo en su corazón, que sin dificultad llamaría yo adorable, desde el primer momento de su existencia, hasta el punto en que se cumplieron los más profundos misterios?

El Espíritu Santo fué quien proporcionó á María los bienes que debía ofrecer á su celestial Esposo. Estos bienes, que desde luego podemos dar á conocer, fueron encerrados en las dos más altas cualidades de María: la virginidad y la humildad. En el Cantar de los Cantares se leen estas simbólicas palabras: «*Has herido mi corazón, esposa y hermana mía; le has herido con uno de tus ojos, y con uno de tus cabellos que flotan por tu espalda.*» Haciéndose cargo de estas frases, San Jerónimo dice: Ese ojo que hiere el corazón del Espíritu Santo, es la pureza más que evangélica de la celeste Virgen; porque

la santa virginidad es propiamente el ojo más brillante de la Iglesia; ojo vivo, penetrante y agradable. El abad Ruperto añade, que el cabello que fluctúa en el cuello de la Esposa, significa su humildad; humildad uniforme é igual en toda su extensión, como un cabello; humildad que se tiene en menos, y aparenta menos importancia que un cabello; humildad más flexible y dócil que un cabello; humildad que cubre la cerviz, asiento de la obediencia cuando la inclina á la sumisión perfecta. Así es como María, predestinada á ser Esposa del Espíritu Santo, se muestra digna, en cuanto puede serlo una criatura, de tan celeste é inefable desposorio.

Ahora conviene que sepamos, y que no olvidemos jamás, otra cosa no menos positiva, y es: que el alma fiel es asimismo llamada en los sagrados Libros Esposa del Espíritu Santo, el cual desciende á ella, y en su interior fija la morada. San Pablo es quien así lo afirma; «¿No sabéis, dice, que vuestros cuerpos son miembros de Cristo..... y templos del Espíritu Santo que habita en vosotros, el cual habéis recibido de Dios, y que ya no os pertenecéis?» (I. COR., VI.) Esta dichosa unión la realizó el Espíritu Santo por medio del Bautismo. ¿La hemos roto desgraciadamente por la culpa? No es difícil conocer si vive. El Espíritu Santo se une al alma fiel para hacerla fecunda. El alma unida al Espíritu Santo procrea espiritualmente. ¿Qué es lo que ha de nacer de ella? Jesucristo. ¿No decimos á María, «bendito el fruto de tu vientre, Jesús?» Pues bien: ¿cuáles deben ser los frutos de bendición que Dios espera de nosotros? Uno solo nos pide; Dios quiere que produzcamos á Jesús, esto es: el espíritu de Jesús, los sentimientos de Jesús, el lenguaje de Jesús, la vida de Jesús. Sí, H. M.; el Espíritu Santo se da en calidad de esposo á nuestra alma, para que nuestra alma dé la vida á Jesús; primero dentro de sí misma, como María, por espacio de nueve meses; y luego fuera de ella, comunicándolo á los otros, como la Santísima Virgen dió su hijo al mundo entero. ¡Oh! ¿Quién comprenderá estas cosas? ¿Quién las sentirá dignamente?

Mas para que un alma sea verdaderamente esposa del Espíritu Santo, y á consecuencia de este desposorio, sea capaz de dar á luz á Jesucristo, es indispensable que, como María, ofrezca al divino Esposo una dote digna, dote que consiste en la pureza y en la humildad. Quien carezca de estos dos bienes tan esenciales para la vida espiritual, vanamente estará persuadido de que vive y obra por el Espíritu Santo; vanamente, porque nunca llegará á nacer de él Jesucristo.

Dulcísima María, tierna y cariñosa Madre; cubridnos con vuestro manto, y haced que respiremos el aroma suavísimo que de vos se desprende. Sólo así llegaremos á amar las admirables virtudes que os hicieron digna de ser Esposa del Espíritu Santo.

COULIN.

DISCURSO.

PARA EL DÍA 2 DE MAYO.

MISIÓN DE MARÍA.

PLAN.

PUNTO PRIMERO.—Dios llama á María asociándola á las obras del Salvador Jesucristo.

SUBDIVISIONES.—1. Nada ha sido hecho sin el Verbo, ni rehecho sin María.—2. Misión de María según las promesas, las figuras de la Santa Biblia y la economía de la Providencia.

PUNTO SEGUNDO.—María cumplió fielmente su misión.

SUBDIVISIONES.—1. Acompañando á su hijo al Calvario.—2. Adoptándonos por hijos.

Mater Jesu.
Madre de Jesús.

(JOAN. II, 1.)

TODAS las grandezas de María que la Iglesia celebra, todas sus glorias, todo su esplendor, se hallan comprendidos en estas pocas pero fecundísimas palabras del Evangelio que expresan su más excelso título: Madre de Dios, *Mater Jesu*. Nada puede decirse en alabanza de la Santísima Virgen, ni más hermoso ni más honorífico, bien sea que consideremos esta dignidad en sí misma, bien que fijemos la vista en los privilegios gloriosísimos de que esa misma dignidad es fundamento y origen. Si miramos únicamente la cualidad de Madre de Dios, descubriremos en ella la gloria más grande que criatura alguna pueda recibir. Y si observamos el carácter de Mediadora que tan magníficamente acompaña á este inefable título, comprendemos cuánto ha querido elevar á María Jesucristo, cuán augusta es su Madre, y cuán unida está en caridad á su Dios; todo tan cumplidamente, que con razón el Evangelio ha resumido todas sus grandezas diciendo de María que es Madre de Jesús: *Mater Jesu*.

Hay nombres augustos, A. H. M., que por todas partes llevan el testimonio de su dignidad. Entre estos nombres, el primero es el de Dios y el segundo el de María, que no reconoce otro superior al suyo fuera del nombre del Altísimo. No penséis por esto que voy á detenerme largamente discurrendo acerca de la Divina Maternidad de la